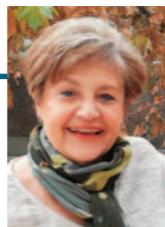


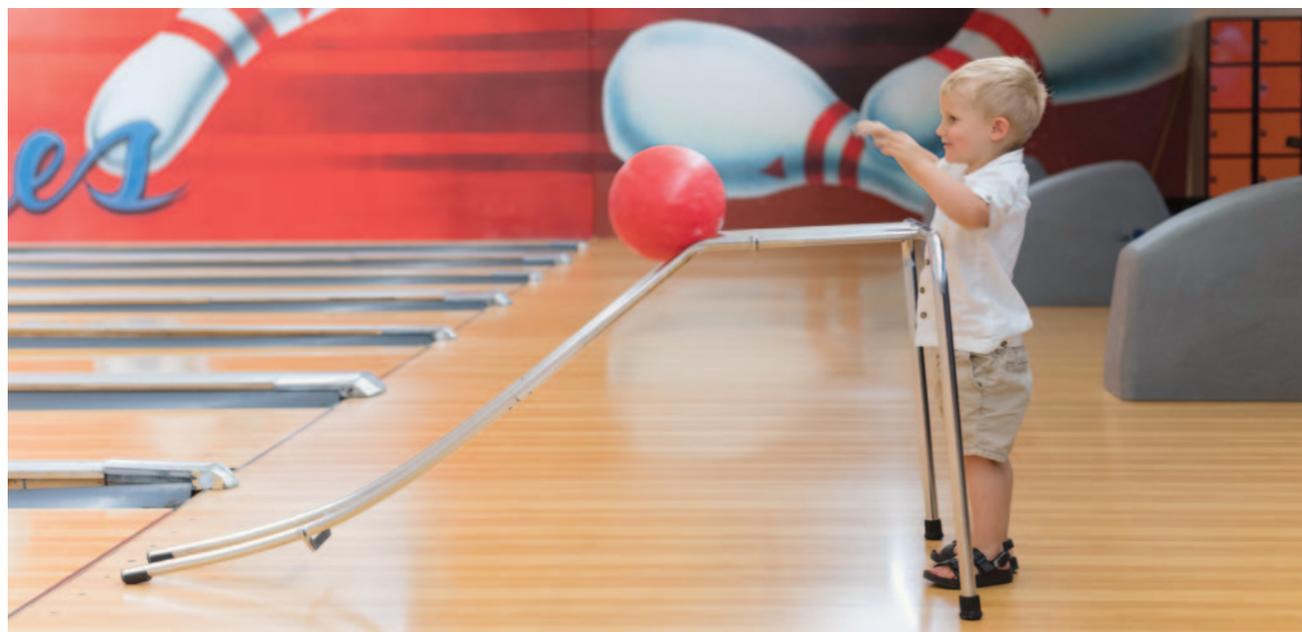
Dejar que los hijos se equivoquen



Ana Rodríguez Ortiz
Terapeuta de familia

El error nos permite aprender y desarrollarnos y el que los hijos lo vivan como algo natural, forma parte del aprendizaje. Aprendemos a caminar cayendo una y otra vez, y aprendemos a leer, leyendo muchos cuentos, y repitiendo muchas veces la misma frase.

Si el niño olvida sus deberes en el colegio, tiene que aprender que ese olvido tiene consecuencias, lo mismo que, si hace mal los deberes, va a tener que poner un poco más de atención a las explicaciones.



Equivocarse de niño es sano

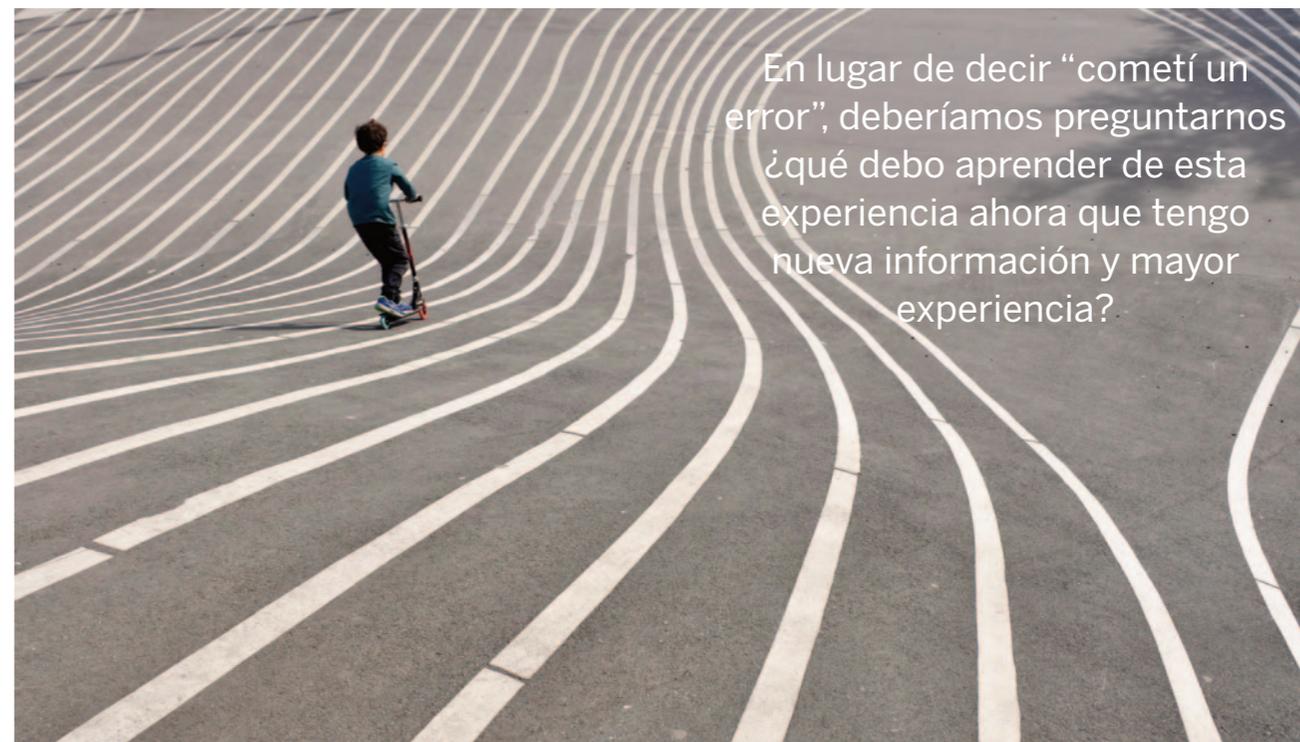
Dejar que los niños se equivoquen es bueno para su educación. El fracaso y la frustración forman parte de nuestro día a día. Conforme los hijos van creciendo, es necesario reducir el número de intervenciones de los padres para que puedan ir adquiriendo independencia, fortaleza y capacidad de decisión a la hora de enfrentarse a las situaciones que se les presenten.

Los padres deben ser orientadores, consejeros y apoyo, no muletas de por vida que inutilicen a sus hijos y destruyan su autoestima con el paso del tiempo. Inevitablemente llega un momento en que el niño no puede hacer funcionar un juguete o realizar una tarea del colegio, y es ahí donde los padres deben saber si les tienen que ayudar o no, aunque siempre es bueno que sean los niños los que pidan ayuda.

A muchos padres les gusta “presumir” de lo listos que son sus hijos o de lo bien que juegan al fútbol; de hecho, querrían que fueran mejores que los de los demás. Pero como no siempre es así, el hecho de no dejar que se equivoquen va a evitar tener la posibilidad de revertir aquellas situaciones que les disgustan. Y eso es un error.

Muchos padres se desviven por allanarles el camino, para que no sufran o lo pasen mal. Ayudarles en los deberes está bien, pero hacérselos no está tan bien, como no lo está prepararles la mochila o recordarles todo lo que han de llevar al colegio. Eso no es educativo. Se trata de que sean ellos mismos los que decidan lo que van a necesitar, y empiecen a hacerse responsables de sus cosas.

Los hijos han de aprender a gestionar el hecho de no acertar, porque esa es la única forma de aprender a superar obstáculos y de conocerse mejor.



En lugar de decir “cometí un error”, deberíamos preguntarnos ¿qué debo aprender de esta experiencia ahora que tengo nueva información y mayor experiencia?

El error abre el camino al crecimiento

Nadie nace aprendido, por tanto, es importante errar para poder crecer. Se trata de cultivar en los niños la mentalidad del crecimiento. Hay psicólogos que opinan que hay dos tipos de mentalidad: la Fija (las personas son como son y no pueden mejorar) y la de Crecimiento (con esfuerzo y creatividad pueden revertir lo que les disgusta). No es verdad que no se puede cambiar. Hay muchas personas que cuando se proponen cambiar determinadas formas de ser, o aspectos de su personalidad que saben que no les benefician en el trato con los demás y lo trabajan, cambian radicalmente. Es una decisión personal de la que se hacen responsables para cambiarla.

No se trata de esconder lo que los hijos hacen mal, ni de idealizarlos como si fueran perfectos. Como padres deseamos lo mejor para nuestros hijos y lógicamente queremos que sean “vencedores” y no “fracasados”. Sin embargo, los errores, los fallos y los fracasos son justamente los que nos van a llevar a ser mejores personas. No olvidemos que los grandes inventos históricos fueron precedidos de muchos intentos fallidos: Thomas Edison inventó la bombilla después de mil intentos con bombillas, hasta que consiguió la que funcionó. Él decía que “no se había equivocado, sino que había aprendido 999 formas de cómo no hacer una bombilla”. Este ejemplo nos sirve para aprender que unas veces se acierta y otras no y

no pasa nada. Es necesario formar “adultos” con competencias y estrategias para andar por la vida.

La frustración invita a la superación

Hay que tener presente que cuando un niño empieza a hacer las cosas por sí mismo, comienza a equivocarse y, de manera natural, se empieza a encontrar con las primeras “frustraciones”. La frustración no es mala en sí, ya que ofrece la oportunidad para superarse y establecer nuevas metas y para ello reconocer otros valores que aparecen como consecuencia de ella, como es la “perseverancia” o lo que es lo mismo, “intentar de nuevo rehacer lo que ha salido mal”.

Este aprendizaje es bueno tanto para padres como para hijos. Si los padres son perseverantes en la educación y saben manejar la frustración de los hijos con paciencia y sin levantar la voz, los niños aprenderán también a hacerlo y ganarán en felicidad. Decía el ciclista Perico Delgado: “el fracaso no existe, existe el aprender a perder, y aprender a perder es más importante que aprender a ganar”.

Como padres tendemos a proteger tanto a los hijos que llegamos a impedir que se enfrenten a situaciones incómodas, pero eso nunca les va a ayudar a superarse a sí mismos. De ahí que la sobreprotección no es recomendable; es más, aun sabiendo que la decisión que han tomado es equivocada, hay que dejar que se “estrellen”. No olvidemos que a los hijos se les pueden dejar muchas



cosas, menos la “experiencia”, que ni la quieren, ni van a aprender de ella.

Sobreproteger a los hijos fomenta la dependencia emocional de los padres y por tanto crearles ansiedad e inseguridad. No es querer más a los hijos, ni educarles mejor, al contrario, puede provocar problemas en su desarrollo como el “síndrome de Peter Pan que se caracteriza por mostrar una gran inmadurez por el miedo a crecer”.

Etapas en el aprendizaje

El proceso de aprendizaje de los hijos pasa por distintas etapas:

- Ayudarles en los deberes, y no hacérselos promueve la autonomía y van entrenándose para valerse por sí mismos.
- Permitir el llanto. Aunque puede ser desesperante ver llorar a un niño, es necesario, hay que dejar que ellos expresen la frustración, el miedo o la rabia. No hay que entrar en pánico ni reprimirles, porque no se debe minimizar el momento por el que están pasando. Hay que hacerles llegar la idea de que los entiendes, pero que deben volver a intentar lo que no han hecho bien. El error nos permite aprender y desarrollarnos si no le damos más importancia de la que tiene.

Vivimos en una sociedad en la que el éxito se valora por encima de muchas cosas y se olvida que equivocarse constituye una parte fundamental del aprendizaje.

¿Qué ganan los hijos cuando se equivocan?

- Se despiertan emociones en ellos que no siempre son fáciles de manejar (frustración, ansiedad, tristeza, rabia) con lo cual empiezan a trabajar su tolerancia hacia la “incomodidad”.
- La equivocación no los hace víctimas de la injusticia y pueden empezar a aprender que “la culpa no siempre es toda de los demás, también ellos forman parte de ella”.

- Comprenden que nadie es perfecto, y así pueden empezar a “autocontrolarse” y hasta ofrecer sus disculpas.
- Se hacen más responsables. Si nosotros estamos siempre detrás de ellos, revisando sus mochilas o resolviéndoles sus tareas domésticas, ellos nunca van a tomar conciencia de las consecuencias de no poner atención, de sus omisiones, y de lo que les corresponde hacer.
- Trabajan la perseverancia. Para evitar tirar la ropa al suelo, hacer los trabajos escolares, o tener paciencia a la hora de conseguir una meta por su cuenta, pueden hacer una “rutina” que es lo mejor para ser ordenado.
- Desarrollan su propia sabiduría. Dejarlos tomar sus decisiones y enfrentarse a sus consecuencias, les ayudará a pensar un poco más sus próximas elecciones.
- Equivocarse conlleva un aprendizaje en sí. Dicen que “la práctica hace al maestro” y es cierto, porque un niño puede volverse muy bueno en alguna especialidad, gracias a los errores que cometa en el camino.

¿Existe el error?

Respecto al error, me atrevo a afirmar una opinión que puede resultar un tanto extraña: “el error no existe”. Me explico: Si en el momento de tomar una decisión, ya supiéramos que podría ser un error, ¿la habríamos tomado?

Lo importante es ser conscientes de que somos proclives a equivocarnos, y si hacemos o decidimos cosas que salen mal, también seremos capaces de aprender de ellas. Los “errores” deben asumirse como una genuina oportunidad de aprendizaje. Lo que no es lógico es cometer el error repetidamente. Por otro lado, debemos cuestionarnos nuestras decisiones, ya que pensar que siempre estamos en lo correcto puede resultar un tanto peligroso.

No cometemos errores a propósito, de modo que el error es “nuestro juicio sobre una decisión asumida en el pasado con todas las capacidades emocionales, intelectuales y hasta espirituales de las que somos capaces” y sin embargo no nos damos cuenta hasta que los “remordimientos o consecuencias” empiezan a tomar forma.

Así, en lugar de decir “cometí un error”, deberíamos preguntarnos ¿qué debo aprender de esta experiencia ahora que tengo nueva información y mayor experiencia? El problema es que tendemos a olvidar las lecciones que nos da la vida y volvemos a caer porque en el fondo repetimos los mismos patrones aprendidos, una y otra vez.